

Queridos hermanos y amigos:

Mis primeras palabras quieren ser de saludo cordial y fraterno para todos los que estáis aquí presente y para todos los fieles de esta querida diócesis de Tarazona. Al inicio de mi servicio pastoral doy gracias al Señor por la generosidad y bondad que ha tenido conmigo al llevarme como Padre providente desde el bautismo hasta la plenitud del sacerdocio, llamándome al servicio episcopal en esta amada diócesis de Tarazona.

Quiero también en estos momentos agradecer públicamente al Santo Padre por la confianza que me ha mostrado al llamarme para este ministerio. Después de tantos años al servicio de la Congregación para los Institutos de vida consagrada y Sociedades de vida apostólica, la propuesta me cogió de sorpresa. Ciertamente el proceder de Dios es misterioso e inescrutable, pero al mismo tiempo providente y misericordioso. San Agustín, nuestro Padre, decía: *“si la Iglesia pide vuestros servicios, obedeced con humilde corazón a Dios”*. Por ello en medio de mis dudas y perplejidades me ha confortado la seguridad de que si el Señor nos pide un servicio, su gracia suplirá nuestras deficiencias y limitaciones. Confío, queridos hermanos y amigos, en vuestras oraciones, en vuestra acogida fraterna, en vuestra generosidad de corazón para emprender juntos la misión apostólica que el Santo Padre me ha confiado.

Cuando la Santa Sede me dijo que mi servicio pastoral sería en esta diócesis, la alegría disipó mis temores, pues volvía a la tierra que me vio nacer; sentí que la cercanía de nuestra historia y cultura facilitaría la sintonía de nuestros corazones y uniría nuestros propósitos pastorales. Sí, yo nací en la ribera de Navarra a pocos kilómetros de aquí y mi primera consagración religiosa la hice a la sombra de la querida sierra del Moncayo, en Monteagudo, junto a los aposentos y tumba de San Ezequiel Moreno. Que este querido santo de nuestro tiempo, junto con San Atilano, natural y patrón de esta diócesis nos protejan siempre y guíen nuestros pasos.

Queridos sacerdotes: os saludo con afecto de padre y amigo. Agradezco vuestro trabajo pastoral, el testimonio de vuestras vidas y la disponibilidad al servicio del evangelio en esta diócesis de Tarazona. Quiero deciros desde aquí y desde hoy que estoy a vuestra entera disposición; constituís desde este momento el principal objetivo de mi atención e interés. Contad siempre conmigo. Confío al mismo tiempo en vuestra colaboración para que podamos cumplir juntos la misión que la Iglesia nos ha encomendado.

Queridos miembros de la vida consagrada: religioso, como vosotros, con afecto de hermano, os aliento a seguir a Jesús más de cerca, con alegría, en fidelidad a vuestra identidad religiosa y a vuestra misión específica dentro de la Iglesia. Será para mí una inmensa alegría acoger, favorecer y promover vuestros dones

carismáticos al servicio de todo el pueblo de esta querida diócesis.

Queridas hermanas contemplativas bajo vuestra incesante y ferviente oración pongo las necesidades y esperanzas de mi servicio pastoral. A vuestras plegarias encomiendo la diócesis de Tarazona.

Saludo con afecto y cariño a todos los fieles laicos de esta diócesis y os aliento a que asumamos juntos la responsabilidad que como cristianos tenemos en la difusión del evangelio en el orden temporal. La Iglesia necesita de nuestra generosa colaboración. Cuento también mucho con vosotros, queridos jóvenes. Sobre vosotros recae la posibilidad de construir un mundo mejor.

Saludo con especial cariño y afecto a los ancianos, a los enfermos, a todos aquellos que por una razón u otra viven el drama del dolor, del sufrimiento y la soledad. No olvido tampoco a los que padecen la angustia del paro y de la crisis económica.

Saludo, también, con respeto a las autoridades civiles, militares, culturales y judiciales, sea locales como provinciales. Contad siempre con mi disponibilidad y colaboración para trabajar juntos desde el Evangelio en la promoción de un orden social recto y respetuoso de la dignidad de las personas.

Dejo para el final, como colofón: mi agradecimiento más profundo a Mons. Demetrio Fernández, último obispo de esta diócesis y administrador apostólico hasta este momento. Gracias Mons. Demetrio por tu amistad, por tu aprecio, confianza y por todo lo que has hecho para que hoy, este momento constituyese un encuentro fraterno, amistoso con esta querida diócesis de Tarazona.

Recuerdo con afecto a Mons. Carmelo Borobia, que tanto hizo por esta diócesis, especialmente por la restauración de la catedral, Nuestra Señora de la Huerta. Esperamos que ese denodado y ambicioso trabajo se vea culminado en los próximos meses.

Saludos también a Mons. Miguel José Asurmendi y al Cardenal Francisco Álvarez Martínez, que me han precedido en el gobierno de esta diócesis.

Pongo bajo la advocación de la Virgen del Río, Madre y Patrona de esta ciudad mi servicio pastoral al servicio de esta querida diócesis de Tarazona. Gracia.